

« bimos que cada ser está determinado natural-  
 « mente á existir y obrar de cierto modo : los pe-  
 « ces, por ejemplo, están determinados por la na-  
 « turaleza á nadar , y los grandes á comerse los  
 « pequeños ; he aquí porque el agua pertenece  
 « á los peces, y los grandes se comen á los pe-  
 « queños por derecho natural. De aquí se sigue  
 « que cada ser tiene un derecho soberano á todo  
 « lo que puede. Y en esto no admitimos ningun-  
 « na diferencia entre el hombre y los demas se-  
 « res, ni entre los hombres dotados de razon y  
 « aquellos que no la conocen. Así mientras que  
 « los hombres viven bajo el imperio de sola la  
 « naturaleza, el que no conoce todavía la razon,  
 « ó el que no ha adquirido el hábito de la virtud,  
 « vive segun las solas leyes de su apetito, con  
 « igual derecho que aquel que arregla su vida á  
 « las leyes de la razon : es decir, que así como  
 « el sabio tiene un soberano derecho á todo  
 « aquello que su razon le dicte, ó el derecho de  
 « vivir segun las leyes de la razon ; del mismo  
 « modo el ignorante, ó el hombre apasionado,  
 « tiene un soberano derecho á todo aquello á que  
 « sus apetitos le llevan, ó el derecho de vivir se-

« gun las leyes de sus apetitos. Luego el dere-  
 « cho natural no está determinado en cada hom-  
 « bre por la sana razon, sino por los deseos y  
 « el poder. Cada uno, considerado bajo el solo  
 « imperio de la naturaleza, tiene el soberano  
 « derecho de desear todo aquello que ilustrado  
 « por la sana razon, ó arrebatado por las pasio-  
 « nes, juzga le es útil ; y puede lícitamente apo-  
 « derarse de ello, sea á fuerza abierta, sea por  
 « astucia ó por cualquier otro medio, y por con-  
 « siguiente tener por enemigo á cualquiera que  
 « quisiese impedirle satisfaga sus deseos. De don-  
 « de se sigue que el derecho natural, bajo el cual  
 « todos los hombres nacen y viven comunmen-  
 « te, nada prohíbe mas que lo que no se desea  
 « ó lo que no se puede ; y permite los odios, los  
 « pleitos, la cólera, el fraude, y absolutamente  
 « todo lo que excita nuestros apetitos. Así la  
 « fuerza es la que determina en cada uno el de-  
 « recho natural, y ninguno puede estar cierto y  
 « seguro de la fe de otro, mientras que no tenga  
 « mas fiador que su promesa, pues que cada  
 « uno por el derecho natural puede obrar con  
 « dolo y astucia, y los pactos no obligan sino



« por la esperanza de mayor bien , ó el temor  
« de mayor mal. »

Constituyendo la sociedad por sola la razon , sin la intervencion de Dios , no queda mas recurso que no reconocer otra autoridad , otro derecho , ni otra ley que la fuerza , dirigida por el interes particular ó las pasiones ; y cuando se pretende formar y constituir las costumbres por sola la razon , sin la intervencion de Dios , es tambien indispensable no reconocer mas ley ni mas derecho que la fuerza , dirigida por el interes particular ó por los *apetitos* : esto quiere decir , que en uno y otro caso se da al hombre la soberania absoluta é individual sobre sí mismo ; y es muy de admirar que Rousseau no haya visto que su doctrina del contrato social , no es mas que el puro ateismo aplicado al órden social , y que haya adoptado en política los principios , cuyas consecuencias desecha con horror en la moral. Esto proviene sin duda de que , queriendo establecer una teoría rigurosa de la sociedad , se

<sup>1</sup> *Tractat. theolog. polit.*, cap. XVI. *De jure uniuscujusque naturali et civili*, pág. 85.

ha visto obligado á seguir hasta donde le arrastraban sus máximas , por consiguiente hasta el ateismo , el cual no es mas que un deismo riguroso.

¿ Pero qué sociedad podrá conservarse , cuando los derechos de cada uno no tengan mas regla que sus deseos , ni otros límites que su fuerza , á la cual tambien se dan por añadidura el fraude con el dolo ? ó mas bien ¿ cómo concebir en la nocion de sociedad una reunion de seres ó criaturas humanas , enemigas naturales las unas de las otras , é incesantemente ocupadas en hacerse daño mutuamente ? En esta anarquía horrible de voluntades contrarias y de intereses opuestos , de fuerzas é intereses desiguales , el amor de sí mismo se confunde con el odio á los otros ; y el hombre , sujeto á la ley sola de sus apetitos , independiente de toda autoridad , y libre de toda obligacion , asi como el pueblo soberano , no tiene necesidad alguna de razon para legitimar sus actos : basta que quiera y pueda ; con estas dos condiciones todo le es permitido. El campo , la casa , la muger de mi vecino , su vida misma me pertenecen por derecho natural , si yo la deseo , si yo el mas fuerte.



La naturaleza no prohíbe al hombre mas que, lo que físicamente le es imposible alcanzar; el término de su poder ó de sus apetitos lo es tambien de sus derechos. ¿ Tiene hambre de su semejante? Si tiene el poder físico puede comer su carne y beber su sangre, con tan poco escúpulo como se comeria un pedazo de pan ó beberia un vaso de agua de la fuente. \* Y, ni aun se vislumbra en medio de este conflicto de pasiones la posibilidad consoladora de la paz, ni siquiera una tregua, pues que ningun pacto es obligatorio, cada promesa puede envolver un lazo pérfido, y finalmente, porque ninguno está ligado sino por su interes. Por consiguiente á dios Estado, familia, union y seguridad. El hombre temblará horrorizado al encontrar otro hombre, que será mas terrible á sus ojos que el caiman del Ganges ó el tigre de Zara. Si alguna vez el

\* Esto pareceria una exageracion, si la filosofía no hubiese deducido por sí misma esta consecuencia horrible de sus principios. En una obra publicada en 1791, Brissot establece sin rodeos el derecho de comer carne humana (*droit d'antropophagie*). Se atribuyen al mismo autor dos obras: *Teoría del robo*, y *Apología del robo*. ¡ Valiente filósofo era el tal Brissot!

instinto une casualmente dos individuos de diferente sexo, satisfecho su apetito se mirarán con horror, y el mas débil se apresurará á huir temiendo ser devorado.

Si la filosofía pues llegase á establecer enteramente su reino sobre las ruinas de toda Religión, destruiria la sociedad; acabaria con el género humano, y realizaria la nada, que forma el fondo de sus doctrinas. Mas para ceñirnos ahora á lo que nos enseña la experiencia sobre su influjo en las costumbres, contemplemos los siglos filosóficos. ¡ Qué olvido tan profundo de todas las obligaciones! ¡ Qué insolente menosprecio de la virtud! Declarados el orgullo y el deleite el solo y único móvil de las acciones humanas, dan á luz una avaricia desenfrenada, que es un síntoma triste é infalible de la extincion del sentido moral. Cuando se apodera de un pueblo la sed del oro, se puede firmemente asegurar que se precipita á la barbarie. Aun las ciencias no sirven para otra cosa que para conducirle con mas velocidad, porque ellas nada conservan por sí mismas, y determinando su tendencia al bien ó al mal, las doctrinas reinantes, apresuran con



su propio movimiento el curso de las costumbres que las arrastran, hasta que vienen á sepultarse en un mismo abismo con las instituciones, las leyes y la sociedad toda. Entre tanto todo lo que hace la felicidad de los hombres reunidos, la concordia y la paz, la union doméstica, la dulce confianza, la amistad fiel, la tierna compasion, la seguridad mutua desaparecen. Ya no se siente, se calcula. Las combinaciones bajas del interes reemplazan los movimientos generosos del corazon. Un duro egoismo ahoga hasta los sentimientos de la naturaleza; porque el que á nadie ama mas que á sí mismo, nunca será amado. Pequeños y grandes, ricos y pobres, apresurándose todos igualmente á gozar, devoran con furor una existencia de un momento. El matrimonio sin fidelidad ni firmeza es una sociedad pasajera del deleite, que el capricho forma y que el capricho desbarata. El adulterio y el divorcio, que es un adulterio legal, destruyen la familia por sus cimientos. Lo que queda viene á ser una carga tal, que hay pocos hombres que tengan valor para soportarla. De nada sirve para aligerarla, permitir á la avaricia del padre calcule lo que le

tendrá de costo la vida del hijo abandonado á su discrecion; todavia es mas oneroso el ser padre con este horrible derecho, y el vicio casi solo tiene á su cargo el poblar el Estado.

« En Atenas, » dice Montesquieu, « el pueblo excluyó del número de los ciudadanos á los bastardos, para lograr una mayor porcion de trigo, del que les habia enviado el rey de Egipto. » Esto puede dar una idea del número de bastardos, y por consiguiente del estado de las costumbres en esta ciudad que tanto se admira.

Los Griegos con sus instituciones filosóficas habian comenzado por quitar el pudor á la virtud; filosofando siempre, llegaron hasta perder el pudor del vicio mismo. Enseñóles la filosofia desórdenes que la naturaleza no permite ocurran á los animales, en el mayor arrebató y furor de sus sentidos.

Cuando las doctrinas materialistas, que reducen la moral al interes particular, se introducen en un pueblo, su primer efecto, por lo comun, es turbar el orden político, y dividir los ciudadanos,

*Esíritu de las Leyes, lib. XXIII, cap. VI.*



exaltando desmedidamente el deseo de dominacion. Todo el mundo quiere mandar, y nadie quiere obedecer; se disputan rabiosamente el mando, y el Estado despedazado sucumbiria á las facciones, á no ser que, degradadas poco á poco las almas, y maduras en fin para sufrirlo todo, no se postrasen voluntariamente á los pies del despotismo; porque los elementos de la esclavitud se preparan en la anarquía, y cuando esta llega á ser mas completa, aquella que la sigue es mas profunda.

Es muy notable este duplicado efecto de la depravacion de costumbres por la impiedad, que consiste en irritar el orgullo de los hombres, en términos de hacerseles odioso el gobierno mas dulce, y apagar de tal manera en ellos el noble sentimiento de su dignidad, que nada se les hace intolerable, nada hay que los inquiete ni asombre en la tiranía mas feroz. El que no se tiene en mas que una bestia, tampoco lleva á mal ser tratado como ella, y se consuela fácilmente con tal que se le deje la vida y los deleites brutales. *Panem et circenses*, gritaban los Romanos en tiempo de los Césares. Un poco de pan mojado en sangre es todo

lo que pedia á susamos aquel pueblo tan civilizado y valiente, que había conquistado el mundo.

En el principio de las sociedades, los pueblos peleaban por la vida; de aquí es que entonces las guerras son casi siempre atroces: pero la humanidad recobra su imperio en el tiempo de paz. Esta, por el contrario, es mas cruel en las naciones corrompidas que la guerra misma. La codicia y el orgullo producen como un espíritu general de barbarie fria y meditada, la que, segun las circunstancias rompe y se hace conocer unas veces en las costumbres del pueblo, y otras en la política de los gobiernos.

Los conocimientos, dice Montesquieu, hacen á los hombres dulces. Esto es falso. Considérese á los Romanos bajo el imperio de Augusto. Sin que nos metamos en la exposicion de los niños, ni en los espectáculos sangrientos del circo, no podemos formar hoy una idea de lo que era la suerte de los esclavos en este pueblo, heredero universal de los conocimientos y vicios del género humano. Estos infelices, á quienes se escaseaban hasta los alimentos mas groseros, fuera del tiempo del trabajo, vivian encadenados en el



campo, en una especie de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. Abandonados al capricho de un amo avaro y de unos sobrestantes crueles, se les oprimía con toda especie de trabajos, que con todo eran menos duros que los caprichos crueles de sus tiranos. Estaban encadenados por los grandes á las puertas de los palacios, como bestias despreciables<sup>1</sup>. En estando enfermos ó si llegaban á viejos, se les enviaba á morir de hambre en una isla del Tiber<sup>2</sup>. Algunos Romanos los hacían echar vivos en sus viveros para engordar las murenas<sup>3</sup>. En fin la muerte había de tener parte en todas las diversiones de aquel pueblo. Para dar mas aire de verdad á las representaciones trágicas, degollaban á uno en la escena, se veía en ella á Hércules quemado vivo, y á Orfeo despedazado por osos que hacían el papel de las bacantes. En fin ¿qué sé yo? el hombre había llegado á ser tan vil y despreciable á los ojos del hombre, que se mataba para ale-

<sup>1</sup> OVID. *Amor.*, lib. I, eleg. VI, y SUTTON. *De claris Rhetoribus*.

<sup>2</sup> SUTTON. *In Claudio*, pág. 75. Paris, 1610.

<sup>3</sup> SENEC. *Quæst. natur.*

grar los festines, ó para pasar el tiempo, sin que ni aun se hiciese alto, ni ocurriese un escrúpulo. Nunca hasta este siglo brillante de la filosofía y las letras, se había pensado en sacrificar víctimas humanas al fastidio.

Pero he aquí otra cosa tal vez mas increíble. Euforion de Calcida<sup>1</sup> refiere que, entre los Romanos, se ofrecían algunas veces cinco minas de recompensa al que se aviniese á dejarse cortar la cabeza, por manera que la suma ofrecida se había de entregar á los herederos, y muchas veces, añade el mismo autor, muchos concurrentes que lo pretendían se disputaban la muerte á este precio. Júzguese en vista de esto de la angustia y miseria de aquellas familias, cuyos miembros se sacrificaban así, para librar á los otros de los horrores de la hambre, y de la atrocidad de un pueblo, en el cual la indigencia se hallaba redu-

<sup>1</sup> *Apud Athen.*, lib. IV, cap. XIII.—*Sunt qui propter luxuriam sectantur otium, seque vendendos præbent ad eadem. Hic se venundat pauper, dives emit occisores; horum deinde testes futuri sedent. et gladiatores inter se singulari certamine nullam ob causam committuntur, nec auxiliaturus accedit quisquam.* TATIAN. *Contr. Græc. prat.*, pág. 161.



cida á mendigar la preferencia en estos contratos execrables. Se encontraban hombres que compraban caro el deleite de ver un homicidio; y no se hallaban que fuesen sensibles á las dulces ternuras de la piedad.

¿Y qué diremos de los excesos, de los caprichos é invenciones sutiles y horrorosas de la dissolution, convertidos ya en costumbres públicas en aquellos siglos abominables? El pensamiento mismo se resiste á recordarlos ni aun vagamente<sup>1</sup>. Sucede á ciertos vicios enormes, lo que á aquellos grandes criminales que la ley horrorizada manda conducir al suplicio con las caras cubiertas de un velo fúnebre.

Parecen inexplicables tanta corrupcion y barbarie; y sin embargo es evidente que el corazon humano abriga sus semillas, que producirian si no lo impidiera la Religion. Sembrad en este terreno infecto las doctrinas de la nada, recogeréis muy pronto la muerte y todos los delitos. Si; yo lo diré sin miedo, aunque atraiga contra mí los

<sup>1</sup> *Non vulgò nota placebant gaudia, non usu plebeio trita voluptas, dice Petronio.*

clamores y anatemas de los numerosos partidarios de la sabiduría de moda. lo diré, porque ya no es tiempo de callar nada, la irreligiosa filosofía, cuyo principio es el orgullo, hace á los hombres crueles necesariamente. El hombre que quiere ser superior á los otros, y recrearse con esta superioridad, se complace en someterlos á sus caprichos; y cuanto mas bárbaros y desordenados son estos, tanto mas grandes parecen la dependencia é inferioridad de los seres que domina y sujeta. De aquí los mónstruos de atrocidad y de libertinage; de aquí los juegos del circo y las submersiones de Nantes: y como quiera que la accion de dar la muerte es el acto mas grande de superioridad que el hombre puede físicamente ejercer sobre otro hombre, de ahí es, que el orgullo ú amor de si mismo produce el amor del homicidio, y el hombre destruye á su semejante por un efecto del mismo sentimiento que hace que el niño encuentre gusto en quebrar sus juguetes.

Y si las doctrinas filosóficas, ó las costumbres que ellas engendran, dominan en el Estado, ó tan solo en una parte de sus miembros conside-



rable, todo el pueblo, como si fuese un solo hombre se ve arrebatado fuera y lejos del orden, por sistemas de orgullo y codicia. Independencia por dentro y dominacion por fuera, tal es el objeto de los deseos de todos, y el delirio de todos los espíritus. No se conoce ya mas grandeza ni otra prosperidad, que la gloria que acompaña á las conquistas y las riquezas que son su fruto. El frenesí de las armas y la fiebre del oro agitan y consumen los pueblos. La ciencia de gobernarlos, ciencia que es toda moral, se pierde, y en su lugar entra el arte material de administrar, á expensas y con perjuicio de lo que constituye la estabilidad, el vigor y la felicidad real de los imperios. Toda la política se reduce á las rentas transformadas en un vil agiotage, al comercio, las manufacturas y los ejércitos, porque el dinero es toda la felicidad de los Estados y el cañon toda su fuerza. Las naciones, ansiando y afanando por gozar, cierran los ojos á lo pasado y futuro, y atormentadas al parecer por el presentimiento de su fin, no ven mas que lo presente y se apresuran á devorarlo. So color de acelerar la circulacion de las riquezas, es decir,

para dar mas energia y movimiento á los deseos, á los temores, á las esperanzas, y á todas las pasiones y vicios, se favorece cuanto es posible los progresos del lujo; se adelanta hasta tender lazos á la codicia; se multiplican los espectáculos, las mugeres públicas, las ruinosas loterías y las casas de juego; bancas criminales y horrorosas, en las cuales la misma inocencia ya, arrastrada por una debilidad imprudente, bajo la proteccion de la autoridad pública, á contraer una deuda fatal que con mucha frecuencia se cierra sobre el cadalso ú con el suicidio. La moral y la conciencia caen en tan desmedido menosprecio que, hasta se tiene á menos y se teme el pronunciar sus nombres; y si se presenta alguna de estas cuestiones tan grandes como sencillas, que la justicia inmutable ha decidido, por decirlo así, desde la eternidad, no espereis que su voz se haga oír ni sea escuchada; se tratarán sus máximas de escrúpulos, tal vez de escándalo, y entre el usurpador opulento y su víctima desfallecida, no verá la sabiduría del siglo mas que intereses que quiere asegurar, y quejas que se propone y desea ahogar. Así, mientras que la verdadera po-



lítica, aquella que establece y conserva, es una equidad excelsa y soberana, ó la ciencia del órden aplicada al gobierno de las naciones, la política filosófica, mezquina, reducida y rastrera como los intereses materiales que considera únicamente, no conoce otra virtud que la destreza ó sagacidad, ni mas delitos que las pérdidas ó atrasos, porque toda se reduce á una especulacion de gloria ó de dinero.

Las ciencias, que son vano alimento del orgullo, podrán dar una luz momentánea; pero su resplandor durará poco. ¿No las hemos visto en toda la tierra seguir constantemente los progresos de la civilizacion, nacer, extenderse, estancarse, y apagarse con ella? Como una imagen pálida y descolorida de las verdades fecundas que vivifican la sociedad, brillarán por un instante á la manera de un vago metéoro sobre el horizonte del mundo moral desolado, para desaparecer muy pronto y para siempre.

El cultivo de las ciencias exige, además de cierta estabilidad en el órden político, una fortaleza de alma y constancia de aplicacion que son incompatibles con la movilidad de las insti-

tuciones, y las costumbres afeminadas de un pueblo materialista. La voluntad y la codicia acaban y gastan las pasiones, porque los apetitos no son pasiones; por consiguiente, acaban con las letras, las ciencias, las artes, y no dejan actividad para otra cosa mas, que para aquello que se refiere á la necesidad ó los deleites del sentido. Y esta es la razon oculta de la preferencia que la filosofia da en su aprecio á las ciencias físicas sobre las morales. Esta preferencia se echará de ver hasta en la educacion; y si hay una educacion pública en el pueblo que suponemos, estará infaliblemente dirigida segun las máximas que le dirigen á él mismo, y por el espíritu que le anima; espíritu de orgullo que da la mayor importancia á una futil instruccion, propia para alimentar la vanidad sin reprimir los apetitos del corazon; espíritu afeminado, del que resultará una indulgencia homicida para con los desórdenes de las costumbres, ó hágase lo que se hiciere para refrenarlas con consideraciones puramente físicas, una corrupcion lenta, mil veces mas desastrosa por sus consecuencias que la ignorancia, la cual á pesar de tantas pon-



deraciones, no merece ni tanta lástima ni tanto miedo; porque á hombres que están destinados la mayor parte á pasar esta vida triste y pasajera en trabajos continuos, solo es indispensable el conocimiento de Dios y de las obligaciones que nos impone. El que sabe esto sabe lo bastante para ser feliz y hacer dichosos á los otros. Lo poco que el hombre puede saber además de esto, no sirve frecuentemente mas que para corromperle, y casi siempre para atormentarle; *et qui addit scientiam, addit et laborem.*

A proporcion que la verdad desaparece de la constitucion, de las leyes, de las costumbres, se debilita el Estado, se apaga su vida, y llega un momento en que es necesario de toda necesidad, ó que todo perezca ó que todo se renueve. Los pueblos ne se conservan ni reaniman sino por las creencias. Alejándose de Dios, se acercan á la nada, dominio propio de todos los seres limitados, y que forma su única propiedad. He aquí porque Maquiavelo, que al parecer no tenia un espíritu débil, ni era fanático, abandona sin titubear á la execracion universal á aquellos que, echando abajo la Religion, destruyen la socie-

dad. « Hombres infames y detestables, » así los llama, « destructores de reinos y repúblicas, « enemigos de las virtudes, de las letras y de « todas las artes que honran al género humano, « y contribuyen á su prosperidad<sup>1</sup>. »

Leibnitz, horrorizado veia hace mas de un siglo multiplicarse en Europa esta raza de hombres, que nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere descargar sobre los pueblos algun castigo grande, y este profundo observador anunció desde entonces los desastres de que hemos sido victimas y testigos. Sus palabras tan asombrosas, si nos referimos al tiempo en que escribia, merecen mucho mas la atención, ahora que..... ¡O dolor! los acontecimientos las verificaron tan completamente.

« Los discipulos de Epicuro y Espinosa figurándose libres y desembarazados del temor importuno de una providencia vigilante y

<sup>1</sup> Sono infami e detestabili gli uomini destruttori delle religioni, dissipatori de' regni e delle repubbliche, inimici delle virtù, delle lettere e d' ogni altra arte che arrechi utilità e honore alla humana generazione. MACCHIAV., lib. 1. de' Discorsi.



« de un porvenir amenazador, sueltan la rienda  
 « á sus pasiones brutales, y emplean su talento  
 « en seducir y corromper á los demas ; y si son  
 « ambiciosos y de un carácter un poco duro,  
 « serán capaces de poner fuego á las cuatro par-  
 « tes del mundo, solo por divertirse y holgarse.  
 « Yo he conocido algunos de este temple, que  
 « ya han muerto.

« Yo veo que opiniones muy semejantes, se  
 « van insinuando poco á poco en el espíritu de  
 « los hombres del gran mundo, que dirigen á  
 « los demas y de quienes dependen los nego-  
 « cios, é introduciéndose en los libros de moda,  
 « disponen todas las cosas para la revolución  
 « general de que Europa se ve amenazada.—Se  
 « ridiculiza á aquellos que cuidan del público :  
 « y cuando algun hombre bien intencionado ha-  
 « bla de lo que vendrá á ser la posteridad, res-  
 « ponden : *ahora como ahora, y entonces como*  
 « *entonces*. Pero puede ser que estas personas  
 « experimenten los males que creen destinados  
 « á otros. Si no nos corregimos de esta enfer-  
 « medad epidémica de los espíritus, cuyos efec-  
 « tos comienzan ya á hacerse visibles, si sigue

« aumentándose, la providencia corregirá á los  
 « hombres por medio de esta misma revolucion  
 « que ha de nacer de ella <sup>1</sup>. »

Nació en efecto esta revolucion : no hay en el mundo entero quien lo ignore. Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resue- nan todavía en este instante en las playas de América, y hasta en el fondo de sus inmensos bosques ensangrentados. Si ; han sido castigados los hombres, ni aun el orgullo se atreverá á negarlo : han sido castigados, como nunca lo han sido hombres ; ¿ pero se han enmendado ? Si miro á mi al rededor, veo la rebelion contra Dios, pintada en unas frentes cicatrizadas apenas de la herida que hizo en ellas el rayo de las divinas venganzas. Si pongo el oido, oigo blasfemias altaneras y risas mófadoras. Todavía Dios es un escándalo para aquellos que habian jurado aniquilarle. Y no penseis que han perdido la esperanza ó abandonado el designio de destronarle. Si subsiste todavía un resto de fe, si la tierra es esclava de la esperanza, solo es porque se ha

<sup>1</sup> *Nouveaux Essais sur l'Entendement humain.*